

ct

Ser sin orillas

de
Macarena Trigo

(fragmento)

Estrenada en septiembre de 2015 el CELCIT de Buenos Aires.
Actriz María Svartzman, dirección: Leo Bartolotta.

ELLA

Empezaría por el cuadro. Ahí se ve bien. Está toda la historia, la suya, no la de él. Él no está ni en el título. No le hicieron lugar. Claro que ella no existe sin él. El cuadro le da otro protagonismo. Esa imagen nos une. Todas queremos ser ella alguna vez. Quizá no justo ese momento, el del cuadro, porque ahí solo está el final. Me gusta que lo pintaran. No hay ningún retrato de él tan hermoso como esa pintura. Se supone que ya está muerta pero aún tiene los ojos abiertos. Quizá respira su último aliento y las nubes siguen dentro de sus ojos aunque no las vea. Dudo que las vea. No ve nada. Está perdida en sus recuerdos. Recuerdos que no distingue de los sueños. Los niños en el bosque, ¿eran ellos? Su mano, esa mano que sostuvo la suya en tantas ocasiones, esa mano blanquísima, para nada inocente, esa mano sabia a la que confío su pulso, ¿de quién era? Nunca fue suya. De ninguno. Esas cosas no se saben mientras pasan. Los recuerdos no se eligen. Una frase, un gesto, una puesta de sol. Cualquier cosa alimenta la memoria. Ella tiene una memoria infinita, abarca mucho más que su breve vida, es una memoria sembrada con recuerdos extraños. Escenas dolientes de tantísimas otras que fueron rechazadas sin entender nunca los motivos. Y ahí, en ese instante, mientras está en el agua, antes de que la encuentren y comiencen los gritos, antes de que ella misma se percate de su ausencia, ese desfile de vidas ajenas se hace presente. Sin que sirva de nada. Porque a esas alturas de la tragedia poco importa. Aunque tuviera una gran revelación en ese instante y pudiera entender que no merece la pena ese dolor, ni su llanto, ni su muerte, aunque pudiera entender que él es un cobarde a la altura de sus circunstancias y llegara a vislumbrar la importancia que su historia tendrá al ser inventada por otros, aún así, eso no lograría que ella fuera distinta. Moriría igualmente. Ahí, en el agua, mirando sin ver nubes lejanísimas, rodeada de flores e insectos. Bellísima y eterna. Sí, si pudiera elegir por dónde empezar sería por el cuadro.

Después seguiría con esa frase. “Vete a un convento”. Vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento, vete a un convento. Sé que esa es la frase que siguió escuchando para siempre.